

Enrique Molina

“Sobre lo esencial de la educación general”

Discurso de agradecimiento

Es para mí motivo de profunda satisfacción esta brillante muestra de que mis amigos del Liceo no me han echado al olvido. Pero no era necesaria para que yo estuviera cierto de ello.

Mi seguridad proviene, en parte, de que yo mismo no puedo olvidarme de esta casa y de quienes son su alma. De los cincuenta años de docencia que tenéis la bondad de celebrar, veintidós han pasado en sus aulas, hasta donde llegan las sugerencias y el perfume de los pinos y los aromos del Caracol. Cuánto estudio, cuánta labor, cuánto esfuerzo se han llevado a cabo aquí que son obra externa y, a la vez buriladora del espíritu. Cómo ha venido todo generalmente acompañado de la alentadora armonía de los ensueños y de los afectos. Estos han sido en mi pecho como campanas que tañeran alegremente y con resonancia no extinguida. Frescas están en mi memoria las imágenes de la forma cariñosa y magnífica como me despedisteis al dejar este plantel hace cabalmente ocho años. En ocasiones recientes, análogas a las de este momento, los afectos de muy distinguidos ex alumnos de este Liceo han tenido expresiones bondadosas y cálidas particularmente gratas para mí. En Santiago el Rector de la Universidad de Chile don Juvenal Hernández y el diputado don Manuel Bart, y en esta ciudad el

Director de nuestra Escuela de Medicina, Dr. Guillermo Grant, los tres, además de sobresalientes ex discípulos hoy queridos amigos. Asimismo debo mencionar con emoción las frases elocuentes y sentidas de un artículo de otro ex alumno penquista, del prestigioso médico de Traiguén doctor Ernesto Morales Troncoso. Y cuántos, cuántos más que han volcado de viva voz la plenitud de su corazón. ¿Cómo olvidaros, cómo olvidarme de este Liceo? ¿Cómo olvidarme de él cuando sigo con no atenuado interés sus progresos, entre los cuales es de ocasión mencionar esta excelente orquesta sinfónica que hemos podido admirar hoy una vez más? Y el recuerdo forma en este caso un solo sentimiento con la gratitud. Aceptad, pues, amigos míos, desde luego la expresión más sincera de ella y vaya en especial a los participantes de esta velada y sobre todo al señor Rector, por las palabras tan bellas y elocuentes, tan galanamente dichas, con que ha tenido la bondad de referirse a mí y al joven René Campos por su tan conceptuosa y bella oración. ¿Cómo olvidarme aún del Liceo cuando sigo trabajando en la Universidad? El Liceo de Concepción tuvo, desde temprano, carácter universitario, entre otras cosas por su Curso de Derecho que alcanzó a celebrar en esta casa sus cincuenta años de vida. El ambiente que así se creó dió sustento a la idea de una Universidad y la que ahora florece entre las verdes colinas de la Toma ensayó sus primeros pasos a la sombra del Liceo.

Aparte de esta afortunada vinculación accidental de nuestra Universidad, todo instituto de educación superior se halla necesariamente relacionado con el de educación secundaria. Este es el semillero en que se preparan las plantas que van a buscar en aquél su completo desarrollo.

Con lo que me he acercado a vosotros, queridos jóvenes. Noble nombre es el que llevan los estudios del Liceo: Humanidades, la toga pretexta de la adolescencia, denominación de todo el tesoro que cabe en el alma, en el corazón y en la inteligencia humana, suprema cifra de la cultura, sagrada esencia

de siglos de esfuerzos, de sufrimientos y sangre, de sudores y lágrimas.

Primordial capacidad es, por cierto, la de saber ganarse la vida, pero a su tiempo. No es misión específica del liceo preparar directamente para tan esencial menester. Educando coadyuva, sí, a él indirectamente y para que a su sazón se alcance con mejores resultados.

Por esto se emplea también con razón para designar a los estudios del liceo el calificativo de «educación general», término que no tiene más inconveniente que el de sugerir algo de superficial que no permitiera estimar el riquísimo contenido de las humanidades: las ciencias, las matemáticas, la historia, las lenguas y sus literaturas, la instrucción cívica, la filosofía y, por añadidura, los ramos técnicos con sus prácticas correspondientes.

Se ha dicho, sin embargo, con cierto fundamento que las humanidades, tal como se siguen en nuestro país y en otros que hacen más o menos lo mismo, son espurias porque en sus cursos no se estudian ni el latín ni el griego. Estas lenguas clásicas son sin duda de mucha utilidad, tal vez indispensables para el hombre de letras y de ciencia, para el filósofo y el jurisconsulto y por de contado sus cátedras no deben faltar en ninguna Universidad completa. Pero no tenemos por qué desesperarnos tampoco por nuestra ignorancia del latín y del griego. Las literaturas modernas ofrecen bastante alimento para la formación del espíritu y mantenimiento de la cultura. Podemos sostener que ya existen nuevas humanidades o un nuevo humanismo basado en el conocimiento y estudio de dichas literaturas. Desde luego, en las lenguas modernas hay buenas traducciones de los autores griegos y romanos. Y en seguida, cuánta riqueza inagotable donde sumergir la inteligencia y ahondar sin término: en español, desde el Arcipreste, Cervantes, Gracián, Fray Luis de León, Quevedo, Calderón y Lope hasta Quintana, Larra, Pérez Galdós, Altamira, Valera, Menén-

dez Pelayo, Azorín, Benavente, Unamuno, Ortega y Gasset, los Machado, Rubén Darío y todos los grandes novelistas, cuentistas, poetas, ensayistas e historiadores de nuestra América hispana; en francés desde Montaigne, Rabelais, Molière, Racine, Corneille, La Fontaine, Pascal y Descartes hasta Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Balzac, Stendhal, Comte, Taine, Renán, Flaubert, Zola, Anatole France, Guyau, Bergson, Romain Rolland; en inglés desde Shakespeare y Addison hasta Macaulay, Carlyle, Dickens, Thackeray, George Elliot, Darwin, Spencer, Lytton Strachey, Bertrand Russell, Emerson, Santayana y toda la pléyade de notables escritores de los Estados Unidos de Norte América; en alemán, desde Goethe, Schiller, Kant, Schopenhauer y Heine hasta Freytag, Burckhardt, Mommsen, Curtius, Sudermann, Hauptmann, Scheler, Hartmann, Nietzsche, Mann, Zweig; y en italiano desde Dante, Boccaccio, Maquiavelo y Petrarca hasta Manzoni, Pirandello, d'Annunzio y Benedetto Croce. Sin nombrar todavía a los escritores rusos y nórdicos.

Vemos cuánto nos ofrece lo que llamamos con justicia el nuevo humanismo. Es una opulencia abrumadora, una selva inmensa que en conjunto sólo podemos contemplar en esquemas. Sería insensatez pretender enseñorearse de ella detalladamente. No faltan, pues, substancias nutricias para el cultivo del espíritu fuera del latín y del griego.

Pero el magnífico panorama de los estudios secundarios conduce por la fuerza de las cosas, por la resultante inevitable de la ecuación que se establece entre su rico contenido y el tiempo en que se desarrolla—al enciclopedismo, a un mariposeo peligroso para la madurez de la reflexión y del pensamiento. Muy conveniente es, pues, el proyecto del señor Ministro de Educación Pública de agregar un séptimo año a los cursos de algunos liceos superiores como el de Concepción.

El alumno del liceo, por la edad en que termina las humanidades, no alcanza sino a asomarse a sus espléndidos cam-

pos. Es un desideratum que de este atisbo, al saborear sus frutos, les tome tanto gusto que quede enamorado para siempre de ellos y los requiera en adelante como sustento indispensable de su vida.

Así el profesor de enseñanza secundaria, por eminente que sea, es como un artista que hace esbozos, traza diseños, que otras manos deben completar. Tal es, por otra parte, el egregio papel de los maestros directores en las obras monumentales. Pero no dejemos de agregar que cuando los rasgos han sido trazados con alma, con amor y comprensión de la prometedora esencia del educando, son definitivos e inolvidables. Es como una cálida impronta bienhechora para toda la existencia. Resultado inapreciablemente fecundo que comprueba el gran valor de lo meramente formal en la tarea educativa.

Pero no son sólo otras manos las que deben completar la obra del profesor secundario sino en primer lugar las del mismo educando. En este entrar con pasos propios por un camino de perfección, en esta faena de pulimento interno, debemos ver uno de los remedios del enciclopedismo dispersador. En los países anglo-sajones los *colleges*, tramo intermedio entre el instituto de segunda enseñanza y la universidad, coadyuvan eficazmente a dicha labor. Pero entre nosotros el liceano pasa de golpe a la universidad. La consideración de que su educación general no ha terminado deberá acompañar al novel universitario tanto para sustraerse a los daños de la demasiado prematura especialización como para colmar las lagunas que en su preparación irá encontrando. Aspiración mínima en esta materia tiene que ser el dominio lo más acabado posible de la lengua materna, la posesión de una o dos lenguas extranjeras, o por lo menos la facultad de traducirlas y el conocimiento de las nociones esenciales de las ciencias y de las relativas al desarrollo de la civilización. Y en medio de todo y por sobre todo, como atmósfera omnipresente, nada menos que la disciplina.

Hemos enumerado condiciones que van a servir tanto al aprendiz de profesional cuanto al hombre.

Poco simpática es la palabra «disciplina». Se aplica hasta para designar el látigo. Evoca la impresión de algo impuesto, duro y seco. Pero no la entendemos así ni vamos a hablar de cosa semejante. Disfrutamos del milagro de vivir y somos depositarios del tesoro de la vida. La disciplina consolida por igual el cuerpo y el alma, instrumentos maravillosos del prodigio existencial. Disciplinarse es no malgastar torpemente las fuerzas de nuestro ser, sino enderezarla a su más fructífero aprovechamiento. Bella norma del vivir es darse, pero darse a algo honrado y digno, a algo noble. El que así procede se da y se enriquece a la vez. Es virtud de la actividad espiritual entonarse a sí misma y entonar de consuno el organismo físico. En cambio, el que hace consistir ese darse en entregarse a los vicios, siquiera a la pereza, se deshace, se desmorona, y si no llega a criminal, deambula como una apariencia de persona, como un esperpento lamentable. Disciplina es capacidad de atención en el estudio y en la elaboración mental para que las facultades intelectuales no se desperdigen y resulten estériles. Disciplina es no hacer cosas inconfesables que obliguen a enmudecer y a torcer la vista, condición de la limpia lealtad debida a los padres, a los maestros y a los amigos. Disciplina es hacer del valor la cualidad admirable que debe ser, no atolondrado acto de impulsividad irreflexiva sino entereza del espíritu para afirmar, hasta morir por ellos si es preciso, sus propios postulados. ¿Creéis que Sócrates es grande por su inteligencia? Viva y penetrante fué esta en verdad; pero la grandeza inmortal del filósofo griego descansa ante todo en su valor, granítico valor de superior calidad, porque ante los mayores contratiempos y dolores se mostraba siempre acompañado de una sonrisa irónica, comprensiva y benévola; valor para luchar toda su vida por el bien y contra el mal en un ambiente de disolución y decadencia, como en el cumplimiento de una misión divina; va-

lor para morir serenamente, contra toda justicia, por respetar y obedecer las leyes de su patria.

Emparentada con el valor se halla la responsabilidad. Descansa sobre el aserto sencillo de que nuestros actos son nuestros, lo que nos aconseja sopesarlos bien para afrontar virilmente sus consecuencias y no agazaparnos en alguna forma más o menos cobarde de burlarlas.

El embrujo de la democracia consiste en que se presenta como palanca de ascensión para los humildes y esperanza de equidad para todos los hombres. Pero ha resultado un defecto de ella la oportunidad que ofrece a los audaces de eludir responsabilidades a la sombra de la acción de las masas. Para substraer a los menesterosos de explotaciones inicuas la democracia en sus reformas sociales ha reglamentado las horas de trabajo. Acto de justicia sin duda; pero no olvidemos que el trabajo no es sólo una mercancía que se vende por horas. Trabajar sin otra limitación que el afán de hacer las cosas bien, desde antes de las horas indicadas y hasta después de ellas, es el secreto del éxito. Así trabajan los que quieren su faena, los artistas y hombres de estudio que se absorben en su idea, los que se consagran a su obra con divino anhelo creador.

¡Qué hermosa musculatura psíquica dan esos sentimientos, valor, responsabilidad, amor al trabajo, a la personalidad. No me parece posible que individualidad alguna pueda merecer, sin ellos, el dictado de culta.

Todo esto es disciplina. Es el imperio de los valores del espíritu en el manejo de las cosas y en la propulsión del devenir humano, valores que han de ser no meros conceptos esquemáticos sino fuerzas vivas en la entraña de cada cual con calor de sentimientos y fibras de voluntad. La libertad es el ambiente necesario para que ese magnífico proceso se desarrolle debidamente.

«Muchas manifestaciones, todas cariñosas, he recibido con motivo de haber cumplido cincuenta años de docencia. La que

vosotros tan gentilmente me habéis ofrecido en estos momentos tiene de particular el hecho de verificarse en un liceo, en un establecimiento de la misma calidad de aquél donde empecé. He estado hablando, como hace medio siglo, ante compañeros y estudiantes secundarios. Es cual el cerrarse de un círculo. El presente se ha unido al pasado. Me parece haber hecho en vuestra compañía, invitado por vosotros, una excursión a lo alto de una hermosa montaña. Me habéis invitado para otorgarme el inmerecido honor de llevarme a una cumbre. Desde ahí he podido contemplar complacido los días pretéritos y hemos mirado el camino que han de recorrer y las necesidades de los que continuarán la ascensión después de nosotros. Todo ha sido obra de vuestro afecto y de vuestra benevolencia. Gracias por el regocijo que os debe mi corazón, por el honor que me habéis dispensado y por haber descornado ante mi fantasía emocionada los pliegues del tiempo».